

LIBRO SESTO.



Armisticio.

Grandes preparativos para socorrer al ejército de Egipto.—Llegada de Mr. de Saint-Julien á Paris.—Impaciencia del gabinete francés por entrar en negociaciones con él.—Apesar de la insuficiencia de los poderes de Mr. de Saint-Julien le comprometo Mr. de Talleyrand á firmar los artículos preliminares de paz.—Mr. de Saint-Julien firma y sale con Duroc para Viena.—Estado de Prusia y de Rusia.—Hábil paso del primer consul respecto del emperador Pablo.—Le envia seis mil prisioneros rusos sin cange alguno, y le ofrece la isla de Malta.—Entusiasmo de Pablo I en favor del general Bonaparte, y mision confiada á Mr. de Esprengporten para Paris.—Nueva liga de los neutrales.—Cuatro grandes cuestiones de derecho marítimo.—Avenencia con la Santa Sede.—La corte de España, y su intimidad con el primer consul.—Estado interior de aquella corte.—Es enviado á Madrid el general Berthier.—Este representante del primer consul negocia con Carlos IV un tratado, dirigido á dar la Toscana á la casa de Parma, y la Luisiana á Francia.—Ereccion del reino de Etruria.—Francia vuelve á gozar favor con las potencias de Europa.—Llegada de Mr. de Saint-Julien, á Viena.—Sorpresa de su corte al saber que habia firmado artículos preliminares de paz sin poderes para ello.—Conflicto del gabinete de Viena, que se habia obligado á no tratar sin la Inglaterra.—Conoce su yerro Mr. de Saint-Julien.—Ensayo de una negociacion comun á la Inglaterra y al Austria.—Para admitir en la negociacion á Inglaterra exige el primer consul un armisticio naval que le permita socorrer á Egipto.—Rehusa la Inglaterra, no el entrar en negociaciones, sino el conceder el armisticio propuesto.—Entonces desea el primer consul una negociacion inmediata y directa con el Austria, ó volver á las hostilidades.—Modo con que se habia aprovechado de la suspension de

armas para poner en un pié formidable los ejércitos Franceses.—Susto del Austria, y entrega de las plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstad, para obtener prorroga del armisticio continental.—Convenio de Hohenlinden para otra suspension de armas por espacio de cuarenta y cinco dias.—Nombramiento de Mr. de Cobenzel para dirigirse al congreso de Luneville.—Fiesta del primero de vendimiario.—Traslacion del cuerpo de Turenna al Panteon de los Inválidos.—Aprovecha el primer consul el tiempo que le deja la interrupcion de las hostilidades para ocuparse en la administracion interior.—Buenos resultados de sus medidas rentísticas.—Prosperidad del banco de Francia.—Pago de los censuistas en dinero.—Reparacion de los caminos.—Vuelta de los sacerdotes.—Dificultades para la celebracion del domingo y del decadi.—Nueva medida respecto á los emigrados.—Estado de los partidos.—Sus disposiciones respecto al primer consul.—Revolucionarios y realistas.—Conducta del gobierno con unos y otros.—Influjo que procuran ejercer en el primer consul por los dos lados opuestos.—Papel que hacen á su lado los señores Fouché, Talleyrand y Cambaceres.—Familia de Bonaparte.—Cartas de Luis XVIII al primer consul, y respuesta dada á este principe.—Conjuracion de Ceracchi y Arena.—Agitacion de los ánimos al tener noticia de aquella trama.—Los amigos imprudentes del primer consul quieren aprovecharse de aquella conspiracion para subir cuanto antes al poder supremo.—Folleto escrito en este sentido por Mr. Fontanes.—Obligacion que hay de desmentir aquel folleto.—Luciano Bonaparte, privado del ministerio de lo interior, es enviado á España.

Mientras el navio *Osiris* traia á Europa nuevas de lo ocurrido á orillas del Nilo, salian de los puertos de Inglaterra órdenes contrarias á las que antes se habian despachado. Acababan de ser acogidas en Londres las observaciones de sir Sidney Smith. Se temia desaprobar la conducta de un oficial inglés que se habia presentado como revestido con los poderes de su gobierno: se habia conocido especialmente la falsedad de los despachos interceptados, apreciándose mejor la dificultad de arrancar al ejército francés la posesion de Egipto. Habiase pues ratificado el convenio de El-Arisch, é invitado á lord Keith á hacer todo lo posible por su pronta ejecucion, pero ya no era

tiempo, como acabamos de referirlo: se habia desgarrado á la sazón aquel convenio con la punta de la espada, y, restablecidos los franceses en la posesion de Egipto no querian ya abandonarle. Los ministros ingleses debian recoger por premio de su conducta tan ligera, amargos disgustos y violentos ataques en el parlamento.

El primer consul por su parte supo con júbilo la consolidacion de su conquista. Por desgracia la noticia de la muerte de Kléber vino á llegar á sus oidos casi al mismo tiempo que la noticia de sus hazañas. Su pesar fué profundo y sincero. Pocas veces disimulaba, y esto solamente cuando se veia obligado á ello por deber ó por un interés grande, pero siempre haciendo un gran esfuerzo, porque la viveza de su carácter dificilmente se prestaba al disimulo. Pero en el estrecho círculo de su familia y de sus consejeros no disfrazaba cosa alguna, y mostraba sus afectos y sus odios con estremada vehemencia. En el seno de aquella intimidad fué donde dejó ver el profundo pesar que le causaba la muerte de Kléber. No lamentaba en él como en Desaix la pérdida de un amigo, sino la de un gran general, de un gefe hábil, con mas capacidad que otro alguno para asegurar el establecimiento de los franceses en Egipto, establecimiento que miraba como su mejor obra, si bien solo un triunfo definitivo podia convertirla de tentativa brillante en sólida y grande empresa.

A semejanza de un rio que arrastra cuanto arrojan los hombres en sus rápidas corrientes, el tiempo, ha arrastrado las odiosas mentiras inventadas entonces por el rencor de los partidos.

No obstante hay entre ellas una bastante instructiva para ser aquí citada por mas que esté sepultada en el olvido. Esparcieron los agentes realistas, y repitieron los periódicos ingleses que inspirando Desaix y Kléber celos al primer consul, habian sido asesinados de orden suya, uno en Marengo y otro en el Cairo. No faltaron miserables é imbéciles que diesen crédito á semejante rumor, y en el dia es casi vergonzoso recordar tales suposiciones. Los que fraguan calumnias tan infames, deberian trasladarse algunas veces á presencia de la posteridad, y avergonzarse pensando en el mentís que les prepara el tiempo.

Ya habia comunicado el primer consul órdenes apremiantes á las escuadras de Brest y de Rochefort á fin de que se hallasen dispuestas á pasar al Mediterráneo. Aun cuando fuese mucho mas satisfactorio el estado de nuestra hacienda, obligado no obstante el primer consul á hacer grandes esfuerzos por tierra, no podia hacer por mar todos aquellos que habria juzgado provechosos. Sin embargo no descuidó cosa alguna á fin de poner á la escuadra de Brest en disposicion de darse á la vela. Solicitó de la corte de España las órdenes necesarias para que los almirantes Gravina y Mazarredo concurriesen á los movimientos de la division francesa, mandando ellos la division española. Reuniendo las escuadras de las dos naciones, bloqueadas en Brest hacia ya un año, se podian poner en línea cuarenta buques de alto bordo. Pretendia el primer consul que, aprovechando la salida de aquella inmensa fuerza naval, los buques franceses disponibles en Lorient, en Rochefort y en Tolon, y los buques españoles disponi-

bles en el Ferrol, en Cádiz y en Cartagena, se incorporasen á la escuadra combinada para aumentar su poderio. Aquellos diversos movimientos debian ser dirigidos de una manera que engañase á los ingleses, sumiéndolos en una gran perplejidad, y entre tanto el almirante Ganteaume llevándose consigo los buques mas veleros habia de separarse de las escuadras y llevar á Egipto seis mil hombres escogidos, muchos trabajadores y un material inmenso.

Prestábase de buen grado España á aquella combinacion, que tenia por lo menos la ventaja de llevar al Mediterráneo, y por consecuencia á sus puertos, la escuadra de Gravina, inútilmente encerrada en la rada de Brest. No oponia otra objecion á aquel proyecto que el mal estado de las dos escuadras y su absoluta carencia de todo. El primer consul hizo cuanto pudo por destruir semejante objecion, y á poco tiempo los buques de ambas naciones se hallaron provistos de todo lo necesario. Mientras esto se verificaba queria que cada cinco ó seis dias tuviese noticias suyas el ejército de Egipto. Espidió sus órdenes para que de todos los puertos del Mediterráneo incluso España é Italia se hiciesen á la vela bricks, avisos y simples buques mercantes que llevasen á bordo balas, bombas, plomo, pólvora, fusiles, sables, maderaje de carreteria, medicamentos, granos, vinos, en fin todo cuanto hacia falta en Egipto. Mandó ademas que cada uno de aquellos barcos llevase algunos trabajadores, albañiles ó herreros, algunos artilleros, y algunos ginetes escogidos. Hizolos fletar en Cartagena, Barcelona, Port-Vendre, Marsella, Tolon, Antibes, Savona, Génova,

Bastia, Saint-Florent, etc. Hizo asi mismo trato con mercaderes argelinos á fin de que despachasen á Egipto cargamentos de vinos, de que el ejército estaba privado. De su orden fué reunida una compania de comediantes y se dispuso todo el material de un teatro que debía ser enviado á Alejandria. Se hicieron suscripciones á los mejores periódicos de París á nombre de los principales oficiales del ejército, con el fin de tenerlos al corriente de cuanto ocurría en Europa. Nada se descuidó en una palabra (1) de cuanto podia sostener el buen ánimo de nuestros soldados y ponerlos en comunicacion continua con la madre patria.

Indudablemente muchos de aquellos buques estaban espuestos á ser de los ingleses; pero la mayor parte tenian probabilidad de llegar á sus destinos, y llegaron en efecto, porque la vasta costa del Delta no podia ser rigurosamente cerrada. No aguardaban el mismo éxito á los esfuerzos intentados para abastecer á Malta, rigurosamente bloqueada por los ingleses que daban inmensa importancia á apoderarse de aquel segundo Gibraltar; sabian que el bloqueo podia ser allí de efecto seguro, en atencion á que Malta es una roca que solo por el mar recibe alimentos, al paso que Egipto es un vasto reino que dá de comer aun á sus vecinos. Procedian pues con gran constancia á estrechar la plaza y á hacerle sentir los horrores del hambre. No temia sus ataques el valiente general Vaubois, disponiendo de una guarnicion de cuatro mil hombres; pero veia disminuir

(1) Todo esto estaba extractado de la numerosa correspondencia del primer consul con los departamentos de la guerra y marina,

de hora en hora las provisiones destinadas á la subsistencia de sus soldados, y no recibia por desgracia de los puertos de Córcega recursos suficientes para reemplazar los que diariamente se consumian.

Tambien se ocupó mucho el primer consul en elegir un gefe capaz de mandar el ejército de Egipto. La pérdida de Kléber era desconsoladora, y especialmente en consideracion de los que podian ser llamados á sustituirle. Si Desaix hubiese permanecido en Egipto habria sido el mal facilmente reparado; pero Desaix no solo habia regresado á Europa, sino que habia muerto; y los demas no eran dignos de tal mando. Reynier era un buen oficial educado en la escuela del ejército del Rhin, sabio, experimentado, pero frio, irresoluto, y sin ascendiente sobre las tropas. Menou era instruidísimo, valiente, entusiasta por aquella expedicion, pero incapaz de dirigir un ejército y herido con las armas de la burla, porque se habia casado con una mora, y él mismo se habia hecho mahometano dándose el nombre de Abdallah Menou, lo cual escitaba la risa de los soldados y disminuia en gran manera el respeto de que debe hallarse rodeado un comandante en gefe. El general Lanusse valiente, entendido, lleno de un entusiasmo que sabia comunicar á sus subordinados, merecia al parecer la predileccion del primer consul, aun cuando careciese de prudencia. Pero el general Menou habia tomado el mando por ser de mas edad que los demas gefes. Era dificil hacer que llegase á Egipto una órden con certeza; podian interceptarla los ingleses, y sin comunicarla textualmente inducir á que se sospechase su contenido á fin de

hacer el mando incierto, dividir así á los generales y perturbar la colonia. Dejó pues, las cosas en el mismo estado, y confirmó á Menou el mando en gefe, no creyéndole por otra parte tan profundamente incapaz como en realidad lo era.

Fuerza es ahora volver á Europa para ver lo que acontecia en aquel teatro de los grandes sucesos del mundo. Habia llegado al emperador de Alemania la carta dirigida por el primer consul desde Marengo con la noticia de la pérdida de la batalla. Entonces conocieron en Viena las faltas cometidas, desechando las ofertas del primer consul á principios de invierno, obstinándose en suponer á la Francia agotada é incapaz de continuar la guerra, negándose á creer en el ejército de reserva y empujando ciegamente á Mr. de Melas hácia las gargantas del Apenino. Decayó en gran manera la autoridad de Mr. de Tugut porque á él solo se imputaban todas aquellas faltas de prevision y conducta. No obstante á estas faltas tan graves de suyo, acababa de agregarse otra no menos grave, la de unirse todavía mas estrechamente con los ingleses, bajo la impresion dolorosa producida por el desastre de Marengo. Hasta entonces el gabinete de Viena no habia querido aceptar sus subsidios; pero creyó que debia proporcionarse al punto medios de reparar las pérdidas de aquella campaña, ya para hallarse en situacion de tratar mas ventajosamente con la Francia, ya para lanzarse de nuevo contra ella á la guerra si eran demasiado escesivas sus pretensiones. Aceptó pues, dos millones y medio de libras esterlinas (sobre 248 millones de reales) y en cambio de este subsidio se comprometió á no hacer la

paz con la Francia antes del próximo mes de febrero, sino era la paz comun al Austria y á la Inglaterra. Aquel tratado se firmó en 20 de junio, el mismo día en que llegaba á Viena la noticia de los sucesos de Italia. Se ligaba, pues, el Austria á la suerte de Inglaterra por espacio de siete meses; pero esperaba pasar el estio en negociaciones, y llegar al invierno antes de que se rompiesen de nuevo las hostilidades. Fuera de esto el gabinete imperial se habia resignado á la paz, y solo queria negociarla en comun con Inglaterra y especialmente no hacer muy grandes sacrificios en Italia. Con estas condiciones ansiaba concluir la.

Para enviar su respuesta á la carta del primer consul, se valió del mismo oficial que se la habia llevado, es decir, de Mr. de Saint-Julien en quien tenia mucha confianza. Aquella vez la respuesta era directa y personalmente dirigida al general Bonaparte. Contenia la ratificación de los dos armisticios firmados en Alemania é Italia, y la invitación á esplicarse confidencialmente y con toda franqueza sobre las bases de la negociacion futura. Mr. de Saint-Julien tenia especial encargo de sondear al primer consul acerca de las condiciones con que Francia admitia la paz y de decir por su parte lo suficiente acerca de las instrucciones del emperador para inducir al gabinete francés á que manifestase las suyas. La carta de que Mr. de Saint-Julien era portador, llena de lisongeras y pacíficas protestas, contenia un párrafo en el cual se especificaba claramente el objeto de su encargo. «Escribo á mis generales, decia S. M. I., para confirmar los dos armisticios y arreglar sus pormenores. En cuanto á lo demas os he enviado al

«general mayor de mis ejércitos conde de Saint-Julien: lleva mis instrucciones, y está encargado de hacer os observar cuan esencial es no entablar negociaciones públicas, capaces de entregar prematuramente á tantos pueblos esperanzas tal vez ilusorias, sino hasta despues de haber conocido de una manera general, á lo menos si las bases que quereis proponer para la paz, son tales que podamos lisongearnos de llegar á este término deseado.» — Viena 3 de julio de 1800.

Al final de la carta dejaba columbrar el emperador los compromisos que le ligaban con la Inglaterra, y que le hacian desear una paz comun á todas las potencias beligerantes.

Mr. de Saint-Julien llegó á París el 21 de julio (2 de thermidor del año VIII) y fué recibido con suma complacencia, lo cual no era de estrañar, siendo como era el primer enviado del emperador que se veia en Francia despues de largo tiempo, y si se le obsequiaba tanto, era por que se veia en él al representante de un gran soberano, un mensajero de paz. Ya hemos dicho cuán vivos deseos sentia el primer consul de poner término á la guerra. Nadie le disputaba la gloria de las batallas; pero á la sazón deseaba otra menos ruidosa, aunque mas nueva, y mas provechosa á su autoridad, la de pacificar la Francia y la Europa. En aquella alma fogosa, los deseos eran pasiones. Buscaba entonces la paz como se le veia despues buscar la guerra. No la deseaba menos Mr. de Talleyrand porque ya gustaba de representar ostensiblemente al lado del primer consul el papel de moderador. Y era un papel escelente y con especialidad mas tarde; pero inclinar ahora

al primer consul á la paz, era añadir una impaciencia y comprometer el resultado queriendo apresurarlo demasiado.

Al día siguiente de su llegada, 22 de julio (3 de thermidor) Mr. de Saint-Julien fué invitado á una conferencia por el ministro de relaciones exteriores. Hablaron sobre el deseo reciproco de terminar la guerra, y acerca del mejor modo de conseguirlo. Mr. de Saint-Julien oyó cuanto se le dijo de las condiciones, bajo las cuales podia llevarse á efecto la paz, y por su parte descubrió casi todo lo que el emperador anhelaba. Mr. de Talleyrand se apresuró demasiado á deducir de aquello que Mr. de Saint-Julien tenia instrucciones secretas y suficientes para entrar en negociaciones, y le propuso que no se limitase á una simple conferencia, sino redactar de comun acuerdo los artículos preliminares de paz. Mr. de Saint-Julien, que no se hallaba autorizado para dar un paso tan grave, pues á ello se oponian absolutamente los compromisos de Austria con Inglaterra, contestó que no tenia poder alguno para concurrir á un tratado. Mr. de Talleyrand repuso que la carta del emperador le autorizaba competentemente, y que, si queria convenir en algunos artículos preliminares y firmarlos, salva ratificación ulterior de su corte; el gabinete francés con la simple carta del emperador, le consideraba suficientemente acreditado. Mr. de Saint-Julien, dedicado al ejercicio de las armas, sin esperiencia alguna de los usos diplomáticos, tuvo la sencillez de confesar á Mr. de Talleyrand su apuro, su ignorancia de las formas y le preguntó que haria en su lugar.—Yo firmaria, respondió Mr. de Talley-

rand.—Bueno, pues sea así repuso Mr. de Saint-Julien, firmare los artículos preliminares, los cuales no tendrán valor sino despues de la ratificación de mi soberano.—Eso no admite duda, replico Mr. de Talleyrand: entre las naciones no hay compromisos válidos sino cuando son ratificados.

Aquel extraño modo de comunicarse sus poderes se halla consignado por estenso en el protocolo de aquella negociacion todavia existente. Viéronse todos los días el 23, el 24, 27 y 28 de julio (4, 5, 8 y 9 de thermidor del año VIII.) Discutieron todos los asuntos importantes sobre los cuales tenian que ponerse de acuerdo ambas naciones. Se adoptó por vasa el tratado de Campo-Formio, salvas algunas modificaciones. Así el emperador abandonaba á la República el limite del Rhin desde el punto en que este rio sale del territorio suizo, hasta el punto en que entra el territorio bátao. A propósito de este artículo Mr. de Saint-Julien solicitó y obtuvo que su redaccion se alterase, queriendo que aquellas espresiones: *El emperador concede la línea del Rhin*, se sustituyen con estas otras: *El emperador no se opone á que la República francesa conserve los limites del Rhin*. Semejante manera de esplicarse tenia por objeto responder á la censura del cuerpo germánico que habia acusado al emperador de entregar el territorio de la Confederacion á la Francia. Se convino en que Francia no conservaria ninguna de las posiciones fortificadas que tenian accion sobre la orilla derecha (Kehl, Cassel Ehrebreitstein) y que sus fortificaciones serian destruidas, si bien en cambio Alemania no podria levantar ninguna trinchera, de tierra ni de

cal y canto, á distancia de tres leguas del río. Esto en cuanto concernia á los límites de Francia con Alemania: faltaba arreglar lo concerniente á los límites de Austria con Italia. Habíase estipulado por el artículo 5.º secreto de Campo-Formio, que Austria recibiría en Alemania una indemnización por ciertos señoríos que abandonaba á la orilla izquierda del Rhin, independiente de los Países Bajos, que mucho tiempo antes habia cedido á la Francia, y debia servir para aquella indemnización el obispado de Salzburgo. Hubiera preferido el emperador que se le indemnizase en Italia, porque las adquisiciones que conseguía en Alemania, sobre todo en los principados eclesiásticos, casi no eran adquisiciones nuevas gozando ya la corte de Viena en aquellos principados influjo y privilegios que casi equivalían á una soberanía directa. Por el contrario las adquisiciones que obtenía en Italia, tenían la ventaja de darle países que aun no poseía bajo ningún concepto, y particularmente de extender su frontera y su influjo en una comarca, objeto constante de la ambición de su familia. Por las mismas razones Francia debia preferir que dilatase el Austria sus límites en Alemania mas que en Italia. No obstante fué concedido este último punto. El tratado de Campo-Formio retiraba al Austria junto al Adige y adjudicaba á la República Cisalpina el Mincio y la célebre plaza de Mantua. La pretension del Austria esta vez era obtener el Mincio y á Mantua y ademas las legaciones, lo cual era exorbitante. Se avenía el primer consul á darle el Mincio y Mantua, pero no queria cederle á ningún precio las legaciones, consintiendo, á lo

sumo en dárselas al gran duque de Toscana, con la condicion de que en cambio pasara la Toscana al gran duque de Parma, y el ducado de Parma á la Cisalpina. Mucho hubiera ganado el gran duque de Parma en este cambio, lo cual era una satisfacción concedida á la España con las miras que daremos á conocer mas tarde.

Mr. de Saint-Julien respondia que sobre este último punto, no estaba dispuesto su soberano á emitir una opinion definitiva; que eran poco conformes á su politica aquellas traslaciones de casas soberanas de un país á otro, y que en su consecuencia esto debia arreglarse posteriormente. A fin de eludir la dificultad, se contentaron con decir en los artículos preliminares que el Austria recibiría en Italia las indemnizaciones territoriales que con anterioridad le habian sido otorgadas en Alemania.

Transformado así el oficial austriaco en plenipotenciario, manifestó á nombre de su soberano mucho interés por la independencia de la Suiza y muy poco por la del Piamonte, insinuando al parecer, que Francia podría hacerse cobro en el Piamonte de lo que dejaba á la casa de Austria en Lombardia.

Se conformaron, pues, con estas condiciones demasiado generales: límites del Rhin para la Francia con la demolición de Kehl, Cassel y Ehrebreitstein, é indemnizaciones particulares del Austria tomadas en Italia en vez de tomarse en Alemania; lo cual significaba que el Austria no quedaría reducida al límite del Adige. Pero forzoso es decirlo, ademas de lo vano que era tratar con un plenipotenciario sin poderes, habia otra

cosa todavía mas vana, y era la de considerar por artículos preliminares de paz, artículos en que la única cuestion disputable, la única por la que el emperador hizo la guerra, esto es, los límites de la frontera del Austria en Italia, ni aun siquiera se resolvía de una manera general: pues en cuanto á la frontera del Rhin, hacia ya mucho tiempo que nadie pensaba seriamente en disputárnosla.

Se añadieron á los artículos precedentes algunas disposiciones accesorias. Se convino, por ejemplo, en que se reuniría un congreso inmediatamente, y en que mientras durase dicho congreso serian suspendidas las hostilidades, licenciadas las levás en masa que se hacian en Toscana, y aplazados los desembarcos ingleses con que se amenazaba á la Italia.

Mr. de Saint-Julien, á quien el deseo de representar un papel importante arrastraba mas allá de todos los límites razonables, experimentaba de vez en cuando ciertos escrúpulos por la estraña osadía á que se había arrojado. Para tranquilizarle Mr. de Talleyrand accedió á prometer bajo su palabra de honor que aquellos artículos preliminares quedarian secretos, y no se considerarían válidos hasta que el emperador los ratificase. El 28 de julio de 1800 (9 de thermidor del año VIII), fueron firmados aquellos famosos artículos preliminares en la secretaria de negocios estrangeros, con gran júbilo de Mr. de Talleyrand, quien viéndolo á Mr. de Saint-Julien tan preparado sobre todas las cuestiones, creía formalmente que aquel oficial tenia instrucciones secretas para entrar en negociaciones. Y sin embargo, no había nada de eso, y Mr. de Saint-Julien no estaba tan bien in-

formado, sino porque se había querido en Viena ponerle en disposicion de provocar y de recibir las esplicaciones confidentiales del primer consul en lo relativo á las condiciones de la paz futura. El ministro francés no había sabido penetrar esta circunstancia, y animado del deseo de firmar una acta que se asemejase á un tratado, había cometido un error grave.

No ocupándose el primer cónsul de las formas observadas por los dos negociadores, y descansando sobre este punto en Mr. de Talleyrand, solo pensaba en una cosa, y era en hacer que se esplicase el Austria á fin de averiguar si deseaba la paz y en arrancársela en una nueva campaña, si parecia no apetecerla. Pero para esto mas hubiera valido intimarla á que se esplicase en un plazo dado, que entrar en una negociacion ilusoria y pueril, á consecuencia de la cual iba á hallarse comprometida la dignidad de las dos naciones, ofreciendo mas dificultades su advenimiento.

Mr. de Saint-Julien no creyó que debía aguardar en Paris la respuesta del emperador por mas que á ello se le instase; y deseó llevar en persona los preliminares á Viena, sin duda para esplicar á su soberano los motivos de su estraña conducta. Salió de Paris el 30 de julio, (11 de thermidor) acompañado de Duroc, á quien el primer consul enviaba á Austria, como le había enviado á Prusia para ver allí la corte de cerca, y darle una idea ventajosa de la templanza y de la política del nuevo gobierno. Duroc como ya dijimos en otro lugar, merecia misiones de esta especie por su buen juicio y por su escelente porte. Además, el

primer consul le habia dado por escrito instrucciones en que todo estaba previsto con una atencion minuciosa. Ante todo, á cada circunstancia que hiciese presumir las intenciones del Austria respecto á los preliminares, Duroc debia despachar un correo á Paris sin pérdida de momento. Habíasele recomendado que hasta la ratificacion guardase un silencio absoluto, y fingiese ignorar las intenciones del primer consul sobre todas las cosas. Si la ratificacion se concedia, estaba autorizado para declarar de una manera positiva; que la paz podia ser firmada en el término de veinte y cuatro horas, si se deseaba sinceramente. Debía hacer saber bajo diversas formas, que si el Austria se contentaba con el Mincio, con la Fossa Maestra, y con el Pó, linea trazada por el convenio de Alejandria, y que si ademas admitia la traslacion del duque de Parma á Toscana, y del duque de Toscana á las legaciones, no habia obstáculo alguno á una conclusion inmediata. Estas instrucciones contenian despues las reglas de lenguaje que habian de tenerse presentes para todos los asuntos á que pudieran dar lugar las conferencias. Estaba prohibido á Duroc prestarse á burla alguna contra la Prusia y la Rusia, poco estimadas entonces en Viena por hallarse fuera de la coalicion. Se le habia recomendado que guardase una gran reserva respecto del emperador Pablo cuyo carácter era asunto de mofa en todas las cortes; debia hablar muy bien del rey de Prusia, visitar al gran duque de Toscana, no dejar traslucir pasion alguna de las que la revolucion habia escitado, ni en un sentido ni en otro. Realistas ó jacobinos debian ser presentados cual si fuesen

tan antiguos en Francia como los guelfos y gibelinos en Italia. Se le prescribia en particular no manifestar odio alguno contra los emigrados, esceptuando no obstante á aquellos que habian empuñado las armas contra la República. Tenia orden de decir en todas ocasiones que Francia era el pais de Europa mas adicto á su gobierno, porque entre todos los paises era el único en que las circunstancias habian facilitado al gobierno la ocasion de hacer mas beneficios. Debía por último presentar al primer consul, como un hombre desnudo de preocupaciones, ora se tratase de las de tiempos antiguos, ora de las del dia, y como indiferente á los ataques de la imprenta inglesa porque no sabia el inglés.

Partió Duroc con Mr. de Saint-Julien, y aun cuando se habia guardado secreto acerca de los preliminares, sin embargo, las numerosas conferencias del enviado del emperador con Mr. de Talleyrand habian sido notadas por todo el mundo y se decia en alta voz que era portador de las condiciones de la paz.

Nuestros prodigiosos triunfos en Italia y en Alemania habian debido ejercer naturalmente considerable influjo, no solo sobre el Austria, sino tambien sobre todas las córtes de Europa amigas ó enemigas.

A la noticia de la batalla de Marengo, la Prusia, siempre neutral por sistema, pero benévola con nosotros en proporcion de los sucesos, habia manifestado al primer consul su viva admiracion sin que dijese desde aquel momento cosa que pudiese dejar duda acerca de la adjudicacion de toda la linea del Rhin á la Francia. No se trataba

ya en su dictámen, sino de proceder con justicia en la reparticion de las indemnizaciones debidas á todos aquellos que perdian territorios en la orilla izquierda del Rhin, y con prudencia en el arreglo de los limites generales de los grandes estados. Hasta añaía lo conveniente que era mostrarse firme con el Austria y reprimir su ambicion insaciable. Tal era el lenguaje que se empleaba diariamente con nuestro embajador en la corte de Prusia.

Mr. de Haugwitz, y sobre todo el rey Federico Guillermo, cuya benevolencia era sincera, informaban diariamente al general Beurnonville de los progresos rápidos que hacia el primer consul en el ánimo de Pablo I. Como ya se ha visto, este príncipe veleidoso y entusiasta, habia pasado en pocos meses de una pasion caballeresca contra la revolucion francesa á una admiracion ilimitada al hombre que representaba ahora aquella revolucion. Habia llegado á concebir verdadero odio contra el Austria y la Inglaterra. Aun cuando se habia conseguido de esta mudanza de disposiciones un resultado importantísimo cual era el de la inmovilidad de los rusos junto al Vistula, el primer consul aspiraba á mas todavía. Quería entrar en relaciones directas con el emperador Pablo, y culpaba á la Prusia de prolongar aquella situacion equívoca para continuar siendo la única intermediaria de entre nuestras relaciones con la mas poderosa de las córtes del Norte.

Imaginó un medio que tuvo un éxito completo. Habia en Francia seis ó siete mil prisioneros rusos desde el año último, y no habian podido ser cangeados, porque la Rusia no tenia france-

ses que devolvemos. Habia propuesto el primer consul á Inglaterra y á Austria, las cuales tenian en su poder cierto número de nuestros soldados y de nuestros marinos, cangear aquellos rusos por igual número de franceses. Ambas naciones debían proceder así con la Rusia, pues los rusos habian caído en cautiverio sirviendo á los desígnios de la política inglesa y austriaca. A pesar de todo la proposicion fué desechada. Al punto ocurrió al primer consul la feliz idea de restituir á Pablo I los prisioneros sin condicion alguna. Aquel era un acto de generosidad hábil y poco oneroso para Francia á la cual de nada servian los tales prisioneros, no pudiéndose proporcionar con ellos un cange de franceses. Acompañó el primer consul aquel acto con miramientos propios á conmover el sensible corazón del emperador Pablo. Mandó que se armase y vistiese á los rusos con los colores de su soberano y hasta les volvió sus oficiales, sus banderas y sus armas. Escribió en seguida una carta al conde de Panin, ministro de negocios estrangeros en San Petersburgo, diciéndole, que no habiéndose prestado el Austria y la Inglaterra á proporcionar su libertad á los soldados del Czar que habian caído prisioneros en servicio de la causa de aquellas potencias, no quería el primer consul detener hasta un plazo indefinido á aquellos valientes, y se los enviaba al emperador sin condicion alguna; lo cual era por su parte un testimonio de consideracion al ejército ruso, ejército al cual los franceses habian aprendido á conocer y á estimar sobre los campos de batalla.

Para que esta carta llegase á su destino se